

REFLEXIONES ACERCA DE LAS HUMANIDADES Y LA EDUCACIÓN

Wilmar Peña Collazos*

FECHA RECEPCIÓN

10 de septiembre de 2009

FECHA ACEPTACIÓN

30 de septiembre de 2009

PALABRAS CLAVE

Facultad, humanidades, humanismo, educación, formación, espacio, tiempo, cibercultura, bioética, ética, moral, estética, política.

RESUMEN

En el presente documento se hace una reflexión epistemológica para fundamentar el proyecto de Facultad de Humanidades y Educación en la Universidad Militar Nueva Granada. El discurso se divide en dos momentos: el primero responde a una reflexión propicia al plan programático de fundamentación de la Facultad de Humanidades y Educación en la Universidad Militar Nueva Granada, en donde se muestra cómo la noción de "humanidad" depende a su vez de la de humanismo y se conecta con el proyecto educativo para la transformación de la realidad. El segundo momento, obedece a un recorrido histórico de las implicaciones del humanismo, las humanidades y, concretamente, la

1. WILMAR PEÑA COLLAZOS. Docente de tiempo completo de la Universidad Militar Nueva Granada. Departamento de Educación.



humanitas en el Medioevo y sus retracciones en el ambiente contemporáneo de formación en educación superior, de ciencia y tecnología.

KEY WORDS

Faculty, humanities, humanism, education, formation, space, time, cyber culture, bioethics, ethics, moral, aesthetic, political.

ABSTRACT

In this article which is made from the epistemological reflection in order to base the project of Faculty of Humanities and Education on the Military University New Granada. The speech is divided at two moments: first it responds to a propitious reflection to the programmatic plan of founding of our Faculty of Humanities and Education in the Military University New Granada, where one is how the notion of “humanity” depends as well on the one of humanism and it is connected with the educative project for the transformation of the reality. The second moment, obeys to an historical route of the implications of the humanism, the humanities and, concretely, the humanitas in the Medioevo and its retractions in the contemporary atmosphere of formation in higher education, of science and technology.

I. DEBATE INTEGRADOR HUMANO, VERDADERAMENTE HUMANO: UN PROYECTO EDUCATIVO DE CARÁCTER INTEGRAL

Principio y fundamento: hombre-humanidad

La pregunta por el hombre, implica un sentido histórico y geográfico, espacializante de autocomprensión del ser hombre aquí y ahora en el contexto que nos compete. Es decir, tratar de resolver esta pregunta entraña la consideración de un trasfondo geográfico e histórico¹, desde donde sea pertinente plantear tal cuestión. Y esto significa que tanto la pregunta como las respuestas dependen de los diversos modos como la cultura occidental, desde su marco espacial e histórico, ha señalado sus posibilidades autocomprensivas.

Lo difícil de este argumento es explicitar lo que debe entenderse por autocomprensión, puesto que surge de interacciones complejas. Por ejemplo: debe asumirse que el hombre hace muchas cosas, entre las cuales está autocomprenderse, y esa afirmación es a su vez, el resultado del despliegue de unas posibilidades históricas, desde las cuales se responde a la pregunta por la razón de sí del hombre. Esto significa que incluso, el análisis de esta pregunta y sus posibles respuestas deben resolverse desde un situarse, desde una perspectiva histórica concreta, no totalizante ni apodíctica.

Así pues, al dar cuenta de lo que el hombre entiende por sí mismo (desde el *anthropos* griego, se asumía como libre por su ejercicio político y se

excluía al esclavo, al extranjero, a la mujer y al niño; hasta la comprensión del hombre como sistema biológico compuesto por millones de células que interactúan en subsistemas complejos que emergen a nuevas formas desde la recursividad de sus dinámicas internas). Se encuentran muchas definiciones y posibilidades de respuesta, cada una de ellas situada y específica, con sus limitaciones y sus aportes, inmersas en sus perspectivas y dependientes del marco histórico desde donde fueron y son posibles.

De este modo, establecer una propuesta de autocomprensión para una fundamentación de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Militar Nueva Granada, implica dos elecciones metodológicas y una de corte político. Las metodológicas: 1) renunciar a una pretensión totalizante acerca de dar cuenta sobre el hombre y lo humano; 2) establecer un marco de referencia teórico, capaz de situar un cierto modo de autocomprensión que nos permita situarnos en un contexto y, entonces, poder proyectarnos. En cuanto a la elección de corte político: proponer tal modo de autocomprensión, sin perder de vista la situación histórica en donde tal propuesta se ubica, incluso, como punto de partida para la transformación de las condiciones dadas.

Estas elecciones se resuelven entonces, al establecer con claridad teórica y metodológica, la propuesta que se quiere promover: El hombre es un ser de lenguaje, es decir, el hombre es un ser capaz de la interacción compleja entre lenguaje, pensamiento y acción.

1. La noción de trasfondo implica más la determinación de una posibilidad histórica de la acción que una consideración puramente historiográfica de los acontecimientos. Esta noción adquirió mayor sentido en la fenomenología y fue difundida por filósofos del lenguaje y de la mente; se entiende por trasfondo, el conjunto de relaciones sociales mediadas por el lenguaje, desde el cual es posible generar valoraciones y asumir como válidas, determinadas acciones y conductas. De ahí, su carácter específico en dos sentidos: ontológico e histórico.

Lo pensable, decible y lo agenciable

Asumir que el hombre es un ser de lenguaje, genera la responsabilidad de aclarar qué clase de ser y de qué lenguaje se habla. Podría objetarse que al decir: “el hombre es un ser”, es un asunto que equivale a proponer una respuesta metafísica; es decir, incoherente con las elecciones metodológicas y políticas que hemos señalado. Sin embargo, tal objeción se resuelve cuando se parte de la perspectiva histórica que hemos considerado: el hombre es un ser situado, susceptible de generar y construir formas complejas de autocomprensión, expresadas, producidas, construidas y transformadas en y por el lenguaje.

Partir del presupuesto de la ubicación histórica, permite delimitar la interacción de tal ubicación por el lenguaje, en dos sentidos fundamentales. En primer lugar, los modos como se comprende el mundo, implican (especialmente a partir de la modernidad), una comprensión del ser-sí-mismo en relación con el mundo. Lo cual significa que el hombre se sitúa históricamente, comprende sus autocomprensiones, que surgen y se transforman en determinados marcos históricos. En segundo lugar, el lenguaje asume el papel de herramienta simbólica y comprensiva del mundo disponible, al tiempo que permite la aparición de nuevas comprensiones y versiones simbólicas del mundo. En estos dos sentidos, puede verse cómo el lenguaje y la acción situada interactúan para establecer posibilidades de ser y de actuar desde valoraciones inmersas en el marco de referencia lingüístico y actitudinal.

Teniendo claro lo anterior, puede proponerse una relación entre pensamiento, lenguaje y acción que sirva como soporte de los presupuestos

teóricos y políticos que promueven esta fundamentación. Tal interacción se da en el marco de lo decible, lo pensable y lo agenciable.

¿Qué se dice acerca del hombre? ¿Cómo es posible decir humanidad o humanismo? Tales preguntas pueden reformularse de este modo: ¿Qué condiciones históricas, qué marcos de referencia permiten nuestra actual comprensión de hombre, de lo humano, de la humanidad?

En términos estrictamente históricos, podría contestarse que la noción de “humanidad” depende a su vez de la de “humanismo”. Concepto propuesto en los albores del Renacimiento para dar cuenta de una actitud de ruptura que desplaza el interés cosmológico que provoca la cuestión de Dios, desde la Escolástica, para poner como centro de reflexión al “hombre”². Es conocido que el Renacimiento no estableció una unidad teórica, aunque sí temática y que muchas comprensiones de lo “humano”, se desprenden de cada escuela o autor representativo³.

Pero, ¿qué decía el hombre renacentista respecto de sí mismo? Podríamos decir que sus modalidades autocomprensivas inauguraron puntos de partida de transformaciones históricas que han hecho posible nuestra autocomprensión actual. Por ejemplo: el esfuerzo de explicar el mundo desde presupuestos inmanentes, la consideración de la ciencia y el arte como elementos específicamente humanos, las consideraciones sobre el propósito de la ley y lo político, la valoración de la antigüedad, de la política, del arte y la literatura, en todas sus expresiones y manifestaciones...

2. Cfr. Burkhardt, Jakob. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Barcelona: Iberia, 1979.

3. Piénsese en las diferencias entre planteamientos como los de G. Bruno (1548 – 1600), y de F. Bacon (1561 – 1626).

En términos contemporáneos, decimos en nuestros lenguajes de autocomprensión que somos seres de lenguaje, y no sólo seres racionales, capaces de interactuar con otros desde comprensiones múltiples y diversas; estamos inmersos en un sistema económico de producción cultural que tiende a ser globalizante y que provoca resistencias culturales locales y específicas. También decimos los riesgos que las relaciones de poder económico y cultural globalizante entrañan, estamos pendientes de los últimos desarrollos tecnológicos, nos preguntamos acerca de su impacto político, y asistimos a una explosión de sociedades de seguridad, de controles, de consumos, de ciberculturas y de conocimientos múltiples. La definición de hombre no es única, sino polivalente y diversa; la comprensión de la humanidad como especie biológica, no resuelve la dispersión político-cultural de las sociedades y los ideales de corte universalista se debaten entre su extinción y la legitimación de proyectos globales.

¿Qué es pensar? ¿Qué pensar del mundo, de nuestro papel en el mundo y del pensar mismo? ¿Qué pensar del hombre en cuanto ser social hoy?

Aclaremos primero, que sabemos lo que pensamos porque el lenguaje nos permite decirlo. Así que, de lo que se trata en esta pregunta, puede expresarse también: ¿qué decimos que pensamos? Sin embargo, debe aclararse lo que pueda significar pensar. Herederos históricos del logos griego, de sus reflexiones, de las tradiciones del cristianismo medieval, estamos sin embargo, más lejos de él de lo que creemos. La aparición histórica del sujeto pensante cartesiano introdujo la modificación epistemológica y ontológica más importante en el marco de las valoraciones del mundo: puso la verdad y la evidencia como el resultado de un

proceso metodológico interno, convirtió al sujeto en responsable del ser-del-mundo desde sus representaciones y ubicó la realidad del lado del sujeto que piensa y no de las leyes inexorables que gobiernan la naturaleza y al mundo, de acuerdo con la antigua perspectiva griega.

Sin embargo, esa ruptura es considerada en la actualidad como el eje del debate. La cuestión del sí mismo como sujeto pensante se asume insuficiente cuando emergen problemáticas culturales, es decir, la interacción entre visiones de sí que no se agotan en el sujeto racional. A su vez, las modalidades de dominación política se han transformado, soportadas ante todo en la producción capitalista, cuyo esfuerzo contemporáneo de inclusión productiva se encuentra históricamente ligado a la explosión del reconocimiento del derecho de las minorías, de la mujer y de la necesidad de la conservación del medio. La racionalidad deja de ser el aspecto central del hombre comprendido como ser que piensa, para ser el aspecto central del debate y de las luchas que se desarrollan en la actualidad acerca de la identidad, la relación ético política con los otros, y la construcción de mundos posibles, alternos al modelo globalizante que se fundamenta en visiones universalizantes e integradoras.

¿Qué hacemos en tanto como humanos? ¿Qué nos distingue, en nuestras intervenciones en el mundo, como humanos? ¿Qué acciones generan las transformaciones necesarias para concebir al mundo como un lugar para lo humano?

Empecemos, diciendo que cierta autocomprensión hace válidas o inválidas ciertas acciones en el mundo. Las valoraciones sobre la acción dependen de una autocomprensión y de un trasfondo, de un marco de referencia histórico, geográfico,

social y cultural. La distancia entre un hacer cualquiera y la acción, se entiende en el marco de referencia actual como una relación problemática entre libertad y acción. Es decir, lo que llamamos Modernidad nos heredó, junto con el sujeto racional, el reconocimiento de que ciertas transformaciones del mundo son posibles porque somos conscientes de la posibilidad de generar un hacer determinado, impulsado por nuestra voluntad. Tal comprensión se ha problematizado profundamente y, en muchos sentidos, aún sostiene los fundamentos del sistema político y la consideración del ser-sí-mismo como sujeto de derechos y deberes. Por ejemplo: la Constitución Nacional Política de Colombia empieza con la definición de sociedad como un Estado Social de Derecho, en la cual los sujetos se asumen como libres y responsables de sus acciones. Tal definición se problematiza a su vez, puesto que su visión incluyente tiene el riesgo de homogeneizar las posibilidades culturales y ontológicas distintas y diversas bajo los mismos parámetros de identidad cultural.

Aunque la consideración de la relación moderna libertad-acción se problematiza de muchos modos, también es considerada valiosa en el marco de los eventos políticos contemporáneos. Y precisamente en eso, reside el problema más agudo en la actualidad, pues se comprende que en nombre de ciertas libertades y de su protección, se aniquilan o se suspenden esas mismas libertades que pretenden protegerse; se viola el derecho de los pueblos a su libre determinación y se impone un modelo económico y cultural que pretende ser universalista y termina siendo homogeneizante y hegemónico.

Precisamente, vivimos en una época que vive la crisis como una experiencia cotidiana. No es necesario estar en medio de una tormenta de meteoritos, padecer los sufrimientos de los desplazados

por la violencia armada en un país como el nuestro, ser perseguido político o sufrir los padecimientos de un campo de exterminio para advertir que el espíritu de las situaciones más extremas irrumpe en el proceso más íntimo de nuestra civilización. El destierro de los hábitos de apariencia humanística es su acontecimiento lógico principal, nuestro tiempo aquí en Colombia, un acontecimiento ante el cual es inútil buscar refugio en argumentos débiles, románticos, de buena voluntad o en débiles propuestas de lenguajes recargados que no se conecten con la realidad. Pero este destierro va más allá, no sólo hace retroceder al humanismo, sino que también afecta a aquella relación general a la cual Heidegger se refiriera como “morar en el lenguaje”. La situación más escandalosa es que la casa del Ser está desapareciendo bajo un profuso andamiaje, sin que sea posible saber qué aspecto tendrá después de las refacciones.

En el estado actual del mundo, el rasgo singular más notable de la historia tecnológica e intelectual es que la cultura tecnológica está produciendo un nuevo estado de agregación del lenguaje y la escritura, un nuevo ropaje del ser y del hacer, relación y estado que tiene ya poco en común con las interpretaciones tradicionales por parte de la religión y la metafísica. Así pues, hablar y escribir en la época cibercultural de los códigos digitales y las transcripciones genéticas ha perdido por completo el sentido que le era familiar. Por otra parte, las tipografías tecnológicas se despliegan en un sentido que ya no es el de la transmisión o transferencia de sentidos y conocimientos; más aún, ha dejado de evocar la simplicidad doméstica, y los efectos de una conciliación con lo externo. El ambiente contemporáneo forja un ausentismo que obliga al hombre a padecer el encierro de su propio ego en la morada solipsista de su ser, de su destino desinteresado y egoísta.

Ante todas estas circunstancias cabría preguntar: ¿Cómo se puede repetir la elección de la vida o generar un proyecto de vida con sentido, desde el tejido de una razón para la acción, en una época cuando la antítesis entre vida y muerte ha sido desequilibrada? ¿Cómo podría concebirse una instancia bioética que pudiera sobreponerse a la simplificada confrontación de maldiciones y bendiciones? Más aún: ¿Cómo reformular una alianza bajo condiciones de complejidad que nos conecte con la vida y con las interacciones más íntimas que reproduzcan lo mejor de nosotros mismos como individuos y como sociedad? Estas preguntas surgen del conocimiento de que el pensamiento moderno no engendra alguna ética, en la medida como para él, su lógica y su ontología siguen siendo demasiado turbias, oscuras y sin un sentido que ilumine a las nuevas generaciones.

A modo de síntesis, podemos decir que la interacción entre el pensamiento, el lenguaje y la acción nos ubican en un marco autocomprendido y, a la vez, en un marco problemático que caldea la discusión acerca del ser humano, al humanismo y la humanidad colombiana. Decir lo decible, comprendiéndolo en tanto que múltiple, posible y diverso; pensar lo pensable como dependiente de lo decible y de sus condiciones; actuar lo actuable desde lo situado y propenso a la creación de multiplicidades ontológicas, es una relación problemática en la cual se asume la fundamentación del eje ético político estético del humanismo como una propuesta de formación para formadores que debe comprenderse, enfrentarse y, en la medida de lo posible, transformar sus propias condiciones de posibilidad.

Hacia una formación eticohumanística comprendida como formación de formadores

Consideremos ahora, la especificidad de la educación dentro del marco de las autocomprendidas

en donde nos situamos. Es decir, preguntémosnos ahora ¿cuál es el papel de la relación considerada (pensamiento, lenguaje y acción), en nuestra autocomprendida como sujetos educativos o seres educables? Es decir, si partimos del hecho de que nos consideramos como seres susceptibles de educación, ¿qué impacto tiene en tal comprensión, la consideración de nuestras autocomprendidas?

Es evidente que la multiplicidad de respuestas a tales preguntas, supera los alcances de este ejercicio de fundamentación. Sin embargo, puede elegirse una consideración específica, de corte ontológico estético: una educación humanística asume la interacción entre lo decible, lo pensable y lo actuable más allá de una formalización de saberes. Su tarea principal, en términos positivos, es permitir la comprensión y la transformación de los marcos de referencia de autocomprendida, lo cual significa a su vez, la generación dinámica de autocomprendida desde el marco histórico ontológico que la hace posible. En términos negativos, se trata no de considerar tal educación como una simple consideración académica de los fenómenos llamados humanos, sino más bien como una educación que desde la comprensión de las autocomprendidas, eduque para la acción, desde lo pertinente del ser bello y bueno y lo impertinente de la aventura por la libertad, en los modos de ser y de creer. En el marco de esta fundamentación, llamaremos a tal educación Formación Ético Humanística.

La tarea educativa Ético Humanística es proponer y actualizar una Formación para Formadores, pues se asume que tal formación no tiene sólo por objeto la especialización discursiva académica sobre los fenómenos llamados humanos, sino la formación tanto de humanistas como educadores que tienen la tarea de defender la vida desde los principios bioéticos, y de formar a su vez, seres

A modo de síntesis, podemos decir que la interacción entre el pensamiento, el lenguaje y la acción nos ubican en un marco autocomprendido y, a la vez, en un marco problémico que caldea la discusión acerca del ser humano, al humanismo y la humanidad colombiana.

capaces de autocomprenderse y de actuar para la transformación de tal autocomprensión.

En este sentido de educación para la vida, desde la defensa de principios éticos, se propicia el desarrollo científico y tecnológico que ha de derivar en una transformación social en la cual los seres humanos, con diversidad funcional, no perpetúen las exclusiones, las desigualdades y las discriminaciones. Más bien, tendremos que contribuir desde una educación humanística renovada con la transformación social para una sociedad más justa y equitativa. Una la sociedad civil enriquecida, sensible y solidaria, propicia a ofrecer los medios necesarios para una inclusión real y efectiva. Así pues, desde el ámbito bioético se asegura un “metalenguaje” (moral), sobre la vida y la condición humana. Por esto, es imprescindible en este discurso, la problematización moral, ética, estética y política.

Y aunque la interacción y comprensión de los datos sobre formación humanista academicista parezca estar clara, eso no significa que deba dejarse de lado el aspecto formal de las llamadas ciencias humanas y del lenguaje ni la posibilidad de interacciones complejas en el marco de referencia en donde tal formación se desarrolla. Al contrario, ellas son propuestas constructoras de juicio crítico y de teorías para la acción práctica. Esto, con el propósito de conjurar un riesgo latente en la Formación que consideramos: la ausencia de criterios precisos en el estudio de la amplitud de los problemas sobre lo humano. En tal sentido, la propuesta o Plan de Formación Ético Humanística propone las siguientes especificidades metodológicas y políticas que regulan tal formación:

Lineamientos:

1. La formación bioéticohumanística, permite forjar el carácter humano desde una actitud crítica,

con el objeto de aportar en la construcción de un ser humano integralmente formado, comprometido con la vida y la consciencia planetaria, en la búsqueda permanente de una sociedad justa.

2. El reconocimiento humano desde la bioética, permite orientar las acciones de los formandos, partiendo de los valores que gozan de una validez moral, estética, política y social.
3. La pluralidad de valores éticos, políticos y sociales presentes en la sociedad, exige del reconocimiento del otro, de la diversidad y de la multiculturalidad, lo cual es posible mediante la formación de la integralidad humanística.
4. En el campo de la formación bioético humanístico, el lenguaje se constituye en expresión del universo simbólico, a partir del cual se justifican las acciones morales, se establecen vínculos de cooperación social, se logran consensos entre opiniones divergentes y se instauran acuerdos para orientar la acción.
5. La formación ético humanística permite formar cívicamente para la participación ciudadana de manera que se aporte en la constitución de una sociedad justa; lo cual exige reconocimiento, respeto por las diferencias y la realización de actuaciones que propendan por una convivencia pacífica.
6. Es tarea necesaria en nuestra Facultad, propiciar una formación bioética, política y estética de los formandos, que exige comprender su responsabilidad moral y social que tengan en sus contextos profesionales, en los cuales serán forjadores del carácter de nuevas generaciones a partir de sus conocimientos en las áreas del lenguaje, la historia, la filosofía, la sociología, la pedagogía, las ciencias humanas, los estudios inter y transdisciplinarios pertinentes a las

exigencias que reclama la simbiosis campo ciudad, los desafíos de la globalización, las nuevas tecnologías y todas las implicaciones de la cibercultura.

7. Los acontecimientos de conflicto interno en nuestro País, las guerras y los genocidios en el orden mundial, muestran los desafíos políticos, ideológicos y sociales a los cuales se enfrenta la sociedad; situación que exige la formación ético humanística para comprender e interpretar crítica y propositivamente los males de la sociedad moderna, así como para realizar investigaciones humanísticas y sociales orientadas a la comprensión y transformación de estos fenómenos.

II. CONTEXTO HISTÓRICO HUMANIDADES, HUMANISMO Y CIENCIAS HUMANAS: DESLINDES PROBLÉMICOS Y ASERTIVIDAD DESDE LA CONDICIÓN DE LA TRADICIÓN ACADÉMICA OCCIDENTAL

Las humanidades, un saber del origen

El origen de las humanidades en el pensamiento occidental es remoto, se relaciona con la producción discursiva filosófica de la antigua Grecia. Así, por ejemplo: Platón en los diálogos de *La República* y *Las Leyes* o incluso, Aristóteles con sus textos sobre *La Política* y *La Poética*, hicieron los primigenios planteamientos de lo que hoy denominamos “humanidades”, al procurar una readecuación crítica del discurso en situación del ser humano en búsqueda permanente de la felicidad, desde su condición y naturaleza, en cuanto ser cívico social, ser natural y ser político. Así también, hacia el siglo V a. C., al decir de Protágoras, con la consigna: “el hombre es la medida de todas las cosas”, se estaba inaugurando el planteamiento de lo que habría de renacer como principio y fundamento del pensamiento occidental: la **humanitas**.

De este modo, históricamente se podría afirmar que las humanidades en el pensamiento occidental tienen su origen en el marco de la Grecia clásica, desde la concepción de la transmisión de cultura, en tanto *paideia*⁴. Para los antiguos griegos el factor decisivo de toda *paideia* era la energía, consideración más importante para la formación del carácter y de las virtudes que le dan consistencia al sentido y vocación de la vida, por encima de la adquisición de destrezas corporales en el *agon*. Es decir, podemos trazar un perfil de la formación del hombre griego sólo a partir del ideal del hombre que forjaron en función de la comunidad cívica y del Estado.

El sentido que para los griegos tenía la *paideia* enfatizaba la formación política del ciudadano, lo cual implicaba toda una estructura de pensamiento, un criterio en los comportamientos y una determinación en el intercambio social. Distinto fue para los latinos; en Roma con Cicerón a la cabeza, apareció por primera vez el término “humanitas” para hacer referencia a un ideal humano, es decir, a una idea de ser hombre y mujer. Así pues, de acuerdo con Cicerón, la educación debía basarse en las artes que nos preparan bien para la vida y nos hacen hombres. Una muestra de estas artes o disciplinas clásicas quedaría así: la gramática, la retórica, el derecho, la legislación, la historia romana, el estudio de la naturaleza de los dioses y la astronomía.

La educación no es posible sin que se ofrezca al espíritu, una imagen del hombre tal como es y debe ser; por eso, lo fundamental es la *kalón*, es decir, la belleza en tanto ideal de la imagen que se anhela. “La educación es una función tan natural y universal de la comunidad humana, que por su misma

evidencia tarda mucho tiempo en llegar a la plena consciencia de aquellos que la reciben y la practican (...); en parte, en la comunicación de conocimientos y habilidades profesionales, cuyo conjunto, en la medida en que es transmisible, designaron los griegos con la palabra *techné*” (Jaeger: 1985, 19).

Es decir, en principio, el asombro que propiciaba el deseo de saber estaba referido únicamente a la naturaleza (*physis*). Cada hombre se concebía a sí mismo en armonía con el universo y todas las cosas, como parte integrante de la naturaleza. Así pues, surge una inflexión radical que saca al hombre de su inmediatez, la pregunta: ¿qué es el hombre? que se entrelaza con esta otra: ¿cuál es su condición natural y cuál es su intención o para qué es lo humano que es? La respuesta a la pregunta inicial constituye el origen de las humanidades como tarea y campo de saber. El hombre griego descubrió el ser de la *humanitas*, es decir, el carácter problémico de la naturaleza humana y desde entonces, su *praxis* y los productos de su actuar se convirtieron en el objeto de su reflexión, en una dinámica que desenvuelve el lenguaje del ser racional, intencional y pasional.

El humanismo, en cuanto movimiento del Renacimiento

El núcleo ideológico del Renacimiento es el Humanismo, mediante el cual se inició el antropocentrismo, el tema del sujeto y la libertad. El término Humanismo se ha empleado para denominar toda doctrina que defiende como principio a la persona humana, pero este vocablo en sí mismo encierra un interés que se explica desde la historiografía occidental.

4. El vocablo *paideia* no es el hilo conductor de los orígenes de la educación griega (esta palabra aparece sólo hasta el siglo V), sino más bien la *areté*.

Humanismo es un concepto relativamente nuevo, creado por los historiadores del siglo XIX⁵ para referirse a la lectura e investigación que hicieron algunos estudiosos de los clásicos de la Antigüedad durante el período del Renacimiento. En realidad, fue la voz latina "humanista", empleada por primera vez en Italia a fines del siglo XV para designar a un profesor de lenguas clásicas, la que dio origen al nombre de un movimiento que no sólo fue pedagógico, literario, estético, filosófico y religioso, sino que se convirtió en un modo de pensar y de vivir en torno a una idea principal: en el centro del Universo y como fundamento del conocimiento está el hombre, imagen de Dios, criatura privilegiada, digna sobre todas las cosas que existen en la tierra.

El humanismo se reconoce, desde la historiografía occidental, como un fenómeno medieval, originado en Florencia (Italia), durante la segunda mitad del siglo XIV (o incluso algunos críticos lo ubican un poco antes), que dio cuerpo y sentido al Renacimiento, y desde allí se expandió por toda Europa⁶. Este movimiento representó la ruptura con la prevaleciente actitud mágica de superstición, magia o creencias ocultas y con el método estéril y autoritario de una razón impugnada desde la fe y el espíritu apologético⁷. Así mismo, significó la revaloración de los griegos y latinos como

fuentes de inspiración y guía del renacer de un espíritu más libre, humano y creador.

Esta nueva situación generó una nueva mentalidad de renovación en algunas ciudades italianas en donde había triunfado la nueva economía basada en las actividades artesanales y mercantiles, lo cual dio paso a un nuevo estilo de vida, la nueva organización social burguesa⁸ y el orden político republicano. Así pues, al Renacimiento hemos de comprenderlo como consecuencia de la crisis del siglo XIV que significaría el fin del feudalismo y el comienzo del mundo burgués.

Humanistas como Francisco Petrarca estaban convencidos de vivir en una época caracterizada por situaciones oscuras que procuraban una grave degeneración intelectual y moral, tanto de los individuos como de las sociedades, lo cual se manifestaba sobre todo en la crisis del cristianismo, emparentado con el imperio. Petrarca manifestó su aprecio por el valor del saber tradicional del conocimiento heredado de la cultura griega y latina. De este modo, Petrarca se propuso recuperarlo, algo que sólo podía conseguirse acudiendo a las fuentes originales, pues siempre creyó que las malas traducciones o interpretaciones de terceros, impedían conocer el auténtico saber de los sabios de la antigüedad. Por lo tanto,

5. Concretamente habría que señalar que el vocablo humanismo es de acuñación relativamente reciente, pues apenas lo forjó en 1808 el educador alemán F.J. Niethammer. Surgió en un principio como aceptación pedagógica para designar a los estudios lingüísticos, por oposición a los científicos y técnicos. Pero luego se relacionó con el regreso a los clásicos en la época del Renacimiento. Además Georg Voigt publicó un libro que resaltaba el estudio de los clásicos: *El primer siglo del Humanismo*.

6. El movimiento medieval del Humanismo ha estado orientado por Francisco Petrarca (1304-1374); así pues, sin lugar a dudas, el movimiento humanista fue considerado como el desarrollo y la revisión de sus enseñanzas. Conocer por lo tanto, sus presupuestos y sus ideas es fundamental para comprender este fenómeno medieval.

7. Lo cual iba contra el propósito del hombre del Renacimiento por aumentar su conocimiento del mundo, desde su razón natural, y así conquistar un lugar más satisfactorio en él para sí mismo.

8. Surgió la burguesía y en un principio, se refirió a los habitantes de los burgos o venidos del campo, que pasó a designar una nueva clase social que, frente a la aristocracia, buscó su fuente de riqueza en el trabajo del campo, bajo la afirmación de que el hombre vale por lo que produce con su esfuerzo.

el Renacimiento fue un regreso, un volver a las fuentes del saber tradicional.

Tanto Petrarca como Boccaccio, se constituyeron en autores representativos de este movimiento renovador. Petrarca fue un pensador erudito, bibliófilo y crítico de textos; manejó con maestría las obras de Virgilio, Tito Livio, Cicerón y San Agustín. Toda la obra de Petrarca estaba impregnada de una erudición que era deudora de los clásicos. Boccaccio por su parte, asumió las virtudes del rigor en el trabajo de su maestro Petrarca, aprendió griego en Florencia con Leoncio Pilato y fomentó su enseñanza pública en aquella ciudad. Tradujo las obras de Homero y Eurípides con gran pasión. Así pues, Petrarca y Boccaccio tuvieron muchos continuadores fervorosos, como Coluccio Salutati y Leonardo Bruni. Tanto Leonardo Bruni como Flavio Biondo iniciaron la historiografía moderna.

Ellos desarrollaron un género historiográfico hasta entonces desconocido, en el cual primaban las descripciones y las anécdotas que describían el estado anímico de la gente sobre los acontecimientos. Bruni estaba convencido de que con la interpretación del pasado de la Roma republicana, resultaba suficientemente válido para defender la libertad contra la tiranía en la Florencia de su tiempo; Bruni destacó la Historia como servidora del presente. Biondo por otra parte, tenía historiográficamente una cosmovisión más amplia que Bruni, pues en las *Décadas* sorprende por su actitud crítica frente a los historiadores célebres y por el uso de fuentes, desde crónicas medievales hasta la alusión a símbolos de monumentos e inscripciones clásicas. La obra de Biondo es muy original acerca

de la Italia ilustrada -*Roma instaurata*-, pues combina la geografía y la historia, datos del pasado clásico con su presente inmediato.

Francisco Petrarca, al igual que Erasmo de Rotterdam, Montaigne y el numeroso grupo de prohombres⁹ que encabezaron el Humanismo Renacentista, mantuvo el vitalizador empuje de una economía secular en expansión, así como el sentido rejuvenecido del hombre común acerca de la importancia de la vida en la Tierra. Así pues, Bacon, Copérnico, Galileo, Kepler, fueron figuras centrales en el desarrollo de la ciencia, al contribuir con la destrucción de la imagen ptolomeica del mundo, inspirada en el universo cerrado y geocéntrico, con dos esferas. En el Renacimiento, se regeneró la ciencia bajo una creciente y progresiva matematización de la naturaleza y el desarrollo del método experimental como dos de los fundamentos de su fuerza expansiva.

Durante el Renacimiento la mirada hacia el mundo griego y latino, condujo a la valoración de obras clásicas de autores como Cicerón, Plinio el Joven, Tácito, Propercio y Tibulo, que empezaron a ser reconocidos en los ambientes humanistas desde el siglo XIV y posteriormente, se descubrieron y realizaron nuevas traducciones, y se hicieron otras comentadas o copias enmendadas de los discursos de Cicerón, de los poemas de Lucrecio, obras menores de Tácito, manuales de gramática de Suetonio, etc., con lo cual se avivó el espíritu humanista de la época. Estos discursos como los comentarios y las enmiendas eruditas de los textos clásicos latinos, dieron origen a la nueva filología, cuyo más destacado representante fue Lorenzo Valla que no conforme con la pureza del latín de su tiempo, propuso en sus *Elegantiae* una

9. Vgr. Juan Luis Vives, Tomás Moro, Marsilio Ficino, Giovanni Pico, Nicolo Maquiavelo, Martin Lutero, Giordano Bruno, Thomas Digges...

reforma de la gramática y un modelo de buen lenguaje, según él lo más cercano posible a la interpretación de los clásicos más apreciados. Además, Valla aportó con su crítica de textos y notas a la construcción comentada del *Nuevo Testamento Latino*, que era algo así como una comparación filológica entre la “vulgata” y el original griego. Incluso, habría que considerar que Erasmo elogió y recomendó mucho esta obra.

De este modo, se entiende que fue la labor del Humanismo, al procurar un nuevo planteamiento de la vida y la razón humana, al recuperar, restaurar, traducir y comentar los textos clásicos, filosóficos, matemáticos y científicos de la antigüedad, lo que contribuyó a la génesis de la ciencia moderna.

Durante el Renacimiento, se valoró el estudio de los clásicos en su lengua original. La exploración de la lengua griega y latina fue uno de los fundamentos del Humanismo, pues se asumía que el auténtico saber se creó en la Antigüedad y se podía participar de un renacer que se iniciaba con un tributo al pasado, algo así como recuperar el propio sentir, si se acudía a las formas, al discurso, al idioma, al lugar y al tiempo de los clásicos.

En el Renacimiento, prevaleció el aprecio del naturalismo, la valoración de la experiencia sensible, la naturaleza y la vida común; esto hizo que se dinamizara el trabajo experiencial. Esta nueva actitud naturalista aumentó la curiosidad intelectual, el sentido de las exploraciones y los viajes, así como todo lo que representara algún contacto e interpretación del mundo sensible.

Durante este período, se revaloró el paisaje de la naturaleza viva y se humanizó el arte; es decir, se representó al ser humano en su desnudez, con sus gestos, su sensualidad, sus emociones y mostrando los sentimientos más profundos. Del mismo modo, la cultura se secularizó, se fue haciendo progresivamente más laica e independiente de la autoridad eclesiástica, de los preceptos doctrinarios de una ciencia apologética, que defendía a ultranza los dogmas religiosos. Durante el Renacimiento, surgió una nueva valoración ética de la persona, por cuanto el ideal de la vida no consistía ya en seguir un modelo –de acuerdo con las teorías de los sabios helenísticos o con los preceptos de los santos padres del cristianismo–, sino en que cada quien podía afirmar su propio carácter y personalidad, de acuerdo con la fundamentación humana de libertad que se asumió desde el propio concepto de vida social e individual¹⁰.

“Studia humanitates, trivium et quatrivium”: componentes del plan de estudios medieval

Es bien reconocido que en los albores del Renacimiento, los humanistas retomaron la tradición grecorromana clásica y, a partir de ella, rediseñaron los ideales del mundo, la cultura y el imaginario social de aquella época. La *humanitas* era en sí misma, un modo de ser, una forma de comportarse y una concepción de la naturaleza humana. La *humanitas* fue concebida desde entonces, con cierta cercanía a la *areté* griega, como el despliegue de perfeccionamiento moral y desarrollo de las virtudes humanas, en todas sus diferentes formas, hasta su máxima

10. Una de las características más notables del Renacimiento es el antropocentrismo que supone una valoración no sólo de la personalidad del ser humano, sino también de su individualidad.

expresión. Los *studia humanitates* del Renacimiento, pronto se constituyeron en disciplinas que no podían faltar en el componente de formación del hombre virtuoso de la época, a saber: la retórica, la gramática, la poesía, la historia, las lenguas clásicas y la filosofía; todas ellas constituían el proyecto de una educación que habría de dar origen a la figura del humanista en el Renacimiento¹¹. En otras palabras, habría que señalar que las humanidades del humanismo, en tanto movimiento anclado en la historia de la cultura europea, se concibieron como *studia humanitates*¹².

No obstante los esfuerzos por generar un plan de formación en sentido integral, el Humanismo fue mucho más allá que la configuración formal de un programa de renovación pedagógica; se constituyó en una propuesta de renovación intelectual y moral que pretendía regenerar todos los saberes y valores de la humanidad. Por lo tanto, aunque en sus inicios se centró en la renovación de los saberes gramaticales, retóricos, poéticos, históricos y morales, se extendió a la sensibilización sobre los problemas sociales, a los problemas del ser humano en su esencia y también a los problemas propiamente filosóficos y científicos. Es decir, el Humanismo pretendió ser una respuesta a los problemas del mundo, que agudizó la crisis y la tensión entre la razón y la fe.

Aunque, como ya se dijo, el hombre de letras liberales, el humanista se entendió como el maestro de humanidades que impartía las disciplinas

académicas propias que constituían el plan educativo formulado por Leonardo Bruni que estaba encaminado a la formación del espíritu cívico, el sentido político y el ámbito público, al servicio activo a la comunidad civil, proporcionándoles a los estudiantes, una base amplia y sólida de conocimientos, principios éticos y capacidad retórica, expresión escrita y hablada, pues pretendía ir más allá de la regularidad de cumplir con unos requisitos mínimos de formación, hacia la aprehensión de un nuevo espíritu que habría de colocar la consciencia y la razón humana en el centro del saber.

Hoy es común el reconocimiento al *Humanismo*. Desde él, se propició el uso elegante de la lengua que habrían de asumir las elites cortesanas y eclesiásticas de la alta clerecía, a partir de la expresión constitutiva e instrucción del griego y el latín, recuperado y limpio de barbarismos medievales. La lectura y el comentario de autores antiguos, griegos y latinos, como Virgilio o Cicerón, al igual que la apreciación de la retórica, la gramática, la literatura, la filosofía y la historia, constituyeron la trama discursiva impartida por el humanista. Sin embargo, el humanista no se quedó sólo con sus conocimientos y estudios de humanidades, pues su preocupación por los problemas políticos, estéticos y morales de la sociedad, le compelían a adoptar posiciones críticas, abiertas y flexibles.

En consecuencia, esta configuración del Humanismo tuvo serias implicaciones, pues desde

11. El humanista o umanista fue un término que se hizo popular hacia el siglo XV en las universidades italianas, por analogía con el artista, el jurista, el canonista, etc., para designar a los maestros que impartían tal formación y a los discípulos que iban adquiriendo el nuevo perfil del hombre conocedor del mundo greco romano y con profundo sentido humano y social.

12. Esta expresión fue concebida por Coluccio Salutati, quien argumentó que Francesco Petrarca tenía una formación humanista que lo hacía distinto de los demás. Destacó que tal *studia humanitatis* significaba propiamente lo que el término griego *philantrophía* y, además, estaba íntimamente ligado con la *litterae* o estudio directo, en su idioma de origen, de los clásicos.

el mismo Humanismo se debía restaurar todas las disciplinas que ayudaran a un mejor conocimiento y comprensión de los autores clásicos, a quienes se consideraban como modelos de humanidad que servían como ejemplo para descontaminar la viciosa sociedad de la Edad Media. Así pues, se generó todo un movimiento que hubo de recrear las escuelas de pensamiento filosófico grecolatino, que al imitar el estilo, teorías y planteamientos de los escritores clásicos y por ello, se desarrollaron extraordinariamente la gramática, la retórica, la literatura, la filosofía moral y, después, la historia, con lo cual se buscaba responder a los problemas de la crisis humana y social de la época¹³.

Luego se configuraron muchas ciencias ligadas estrechamente al espíritu humano, en el marco general de la filosofía, la metafísica, las artes liberales con todos los saberes dignos del hombre libre, con su razón frente al dogmatismo cerrado de la fe y la dogmática inmersa entre la superstición y la teología, expuesta en sistemáticos tratados que excluían la multiplicidad de perspectivas, la palabra viva, la impertinencia y el estilo oral del diálogo o el género epistolar, típicos géneros literarios humanísticos que habían caído en desuso, junto a la biografía de héroes y personajes célebres de la antigüedad, que testimoniaba el interés por el carácter, las vivencias prácticas ante la adversidad de lo humano frente a los testimonios apologeticos de la hagiografía o vida de santos medievales. Por ello, con el florecimiento de las humanidades y el humanismo como movimiento, fue pertinente el desconocimiento de la superstición de la época y la

revaloración de la mitología clásica que representaba en su conjunto, un rico repertorio de la conducta humana más sugerente para los humanistas que todas aquellas leyendas piadosas de los padres de la iglesia, la vida de santos o las hagiografías que reconocían el poder de la iglesia y sus adalides, como la de Jacobo de la Vorágine con su *Leyenda dorada*.

La sociedad medieval en Occidente, logró consolidar un proyecto humanístico a partir del estudio de la dimensión sagrada del hombre. El esquema de la creencia siempre se mantuvo en fuerte tensión con la razón. El proyecto humanístico desarrolló una doctrina muy fuerte que configuró un modelo de cultivo de las virtudes morales e intelectuales de la época. Las universidades del Medioevo asumieron el espíritu humanístico como una potencia transversal que insufló un nuevo espíritu doctrinal en los planteles educativos.

LAS CIENCIAS HUMANAS

En los albores de la Modernidad, se produjo sistemática y paulatinamente un posicionamiento hegemónico del poder epistemológico de las ciencias exactas y empíricas; ellas se remontaron en la cúspide del *organum scientiae*, se erigieron como ideal de comprobación científica y verdad, bajo la égida de las matemáticas. Sólo fueron consideradas científicas las disciplinas positivas que se movían bajo el rigor de las leyes de la matemática. De esta manera, se desdibujaron las disciplinas clásicas bajo los condicionamientos lineales, objetivistas o exigencias

13. Hubo dos tendencias humanistas muy marcadas: quienes pretendieron seguir un solo autor como modelo de la cultura clásica, esta tendencia fue conocida como *imitatio ciceroniana* y otra fue la *imitatio* ecléctica, que pretendía recoger lo mejor de cada autor de la antigüedad para configurar una formación integral, como la tuvo Erasmo de Rotterdam.

estructurales de las nuevas maneras de conocer y hacer ciencia; además, se reorientó el sistema laboral (bajo los condicionamientos de la Revolución Industrial), como respuesta a la productividad eficientista de la economía de libre mercado. Así pues, las ciencias humanas surgieron durante el siglo XIX, sobre el modelo científico de las ciencias empíricas (verbigracia: biología, economía y filología), para hacer frente a las nuevas dinámicas del mundo.

Esta reorganización generó una remodelación de las humanidades, que empezó a responder a los estándares de una racionalidad científicista, bajo la idea de desarrollo que alentaba el espíritu de la época. Entonces, la psicología, la sociología, la literatura, la etnología, la antropología, la sociología y la lingüística, etc., surgieron como proyectos de una racionalización de las humanidades compeldida a fines.

Por otra parte, durante este período “nace también la idea de que los fenómenos sociales poseen un carácter de regularidad y que por lo tanto, están sometidos a leyes naturales más o menos análogas a las que gobiernan el universo físico. La elaboración de este concepto de leyes sociales, constituyó un progreso decisivo, pues la ciencia tiene precisamente por fin, la investigación de dichas leyes por métodos experimentales” (Duvenger: 1974, 22).

La dicotomía entre las humanidades y las ciencias puras, duras o empíricas, tiene su punto de partida con Kant y la Ilustración, aunque su prehistoria puede rastrearse hasta Descartes y su duda metódica como método y la razón como tabla de salvación. Los estudiosos del siglo XVIII percibieron el conflicto: los nuevos descubrimientos científicos contradecían la palabra de las autoridades de la antigüedad. La tensión generó el

debate que se acrecentó por el deseo iluminista de hacer un hueco en el paisaje cultural para una visión no cristiana de la vida.

La ciencia hacía posible la revolución industrial y el progreso. Los modernos creían saber más que los antiguos; por lo tanto, continuar basándose en Aristóteles, en metafísica o filosofía primera, era tan necio como pretender basarse en la medicina de Galeno. Por una parte, algunos defendieron una educación convencional y los clásicos siguieron siendo el eje. Pero, por otra parte, otros pretendieron que los autores clásicos no eran en absoluto modelos aptos en todas las áreas. En realidad, la tendencia era que la mayoría de las ciencias empíricas, habían abjurado de sus nexos con la antigüedad clásica, mientras las ciencias humanas como la literatura, la filosofía y la educación insistían en mantenerlos. Los clásicos florecieron de nuevo, pero nunca con el esplendor de antes, como objetos de estudio cuya capacidad para mejorar la vida moderna no estaba demostrada. El argumento de que leyendo a Platón o Tácito se mejoran el razonamiento, la argumentación, la retórica o el espíritu combativo fue una quimera para el espíritu de la época.

En los albores del siglo XX, las humanidades se mimetizaron bajo el esquema que impuso el nuevo conocimiento imperante, bajo la forma de ciencias humanas y ciencias sociales. Entre ellas, más que cercanía epistemológica, hay profundas diferencias; podría decirse que forman un engranaje de universos distantes entre ellos y similares tan sólo en sus devenires culturales, particularmente en sus usos académicos y no pocas veces, de regulación social. Historia, filosofía, arte, psicología, sociología, lingüística, antropología, ciencias de la educación y ciencias religiosas, son

algunas de las ciencias humanas y sociales reconocidas como Humanidades en el siglo XXI.

Pero nos podríamos preguntar: ¿qué llevó al ser humano a dejar la propuesta clásica del cultivo humanístico para convertirse en hombre de ciencia? Cualquiera sea la respuesta o la formulación que se dé a esta pregunta, se tendrá que comprometer la base de los juicios de valor hechos por los hombres de ciencia. Lo que buscan ellos es hacer ciencia, bajo el método científico. Así pues, “las bases para la elección son valores. La ciencia y sus valores tienen que escogerse como modo de vida, en competencia con otros valores, con otras vocaciones posibles. La naturaleza de la ciencia, como un valor en sí, tiene que verse como si actuara en varios niveles... La sociedad occidental moderna tiene la ciencia en alta estima. Esta es la única civilización capital que jamás ha dado a la ciencia una aprobación y un respeto tan amplios y siempre en aumento. En ninguna época anterior, se había tributado una aprobación tan amplia al método científico ni se había reconocido tanto prestigio a los hombres de ciencia” (Goode: 2002, 36).

Al lado de la comprensión, la sensibilidad y la acción prudente, los humanistas han tomado históricamente en sus manos, la tarea de conducir el hombre hacia ideales como la compasión, la benevolencia, la fortaleza, la elocuencia, el honor, la civilidad, el amor por la sabiduría, el respeto y la cooperación. El poseedor de la *humanitas* era un hombre íntegro y completo, que lograba un balance entre la acción y la contemplación. La acción sin propósito era considerada inhumana, y la contemplación teórica sin la acción se rechazaba como estéril e imperfecta. El hombre y la mujer se realizan completamente en el seno de la vida activa y socialmente organizada; sólo se

logra un desarrollo pleno de la humanidad en el encuentro con los otros seres humanos en el marco de una comunidad.

De aquí que la finalidad de la formación del hombre culto, fuera para los humanistas, eminentemente política. Se guía al adulto y se educa a los jóvenes para el dominio y cuidado de sí, la autonomía y la autarquía del individuo, pero también para la convivencia y la organización social. El hombre es un proyecto de humanidad que se realiza en el seno de la comunidad y de cara a los valores que la posibilitan.

La formación humanística comprende una serie de conocimientos extraídos de las obras poéticas, retóricas, históricas, psicológicas, filosóficas, jurídicas, pedagógicas y artísticas que se consideraban necesarias para lograr el alcance de los ideales y virtudes que nos hacen propiamente humanos. Desde entonces, cuando hablamos de humanidades, nos referimos a las disciplinas que estudian cualquier actividad o producto humano desde la perspectiva del arte, la filosofía, el lenguaje, la psicología y la historia. Literatura, teología, filosofía, retórica, historia del arte, ética, política, pedagogía, filología, poética, historia universal y gramática, son algunas de las disciplinas que han sido consideradas tradicionalmente, como partes de la filosofía. Algunas de ellas, inician su emancipación o se consolidan como disciplinas científicas al instaurarse como ciencias humanas con métodos y objetos de estudio específicos.

No hay humanidades sin una concepción clara de lo humano, la sociedad y la cultura en donde la existencia del hombre y de la mujer se sitúa y cobra sentido. En este orden de ideas, cuando se habla de Humanismo nos inclinamos a

considerar diversas dimensiones de reflexión indisolublemente ligadas: el concepto de hombre y mujer con todos sus valores, su ser y su comportamiento individual o colectivo; las relaciones históricas y socio culturales que determinan su existencia; la relación lenguaje – pensamiento – realidad; la interacción entre ciencia – tecnología – sociedad, la responsabilidad y el compromiso ético-político; todo ello en el marco de una permanente interpretación crítica de las ciencias, la estética, las artes y las tecnologías, como dimensiones propiamente humanas, que no pueden coexistir por separado.

Bajo el dominio de las ciencias empíricas y bajo el imperio de los modelos extrapolados por las matemáticas, desde la física, la biología, la economía y las ciencias del lenguaje, las humanidades se desdibujaron y se experimentó una pérdida de confianza que sobrellevó a la falta de identidad. Las humanidades aparecieron enajenadas como una especie en vía de extinción, en peligro de desaparecer. Peligrosas puesto que recuerdan a todos los demás saberes que en últimas, son productos y actividades humanas, y por lo tanto, falibles, contingentes y sujetas a cambios y reorientaciones. Estas ciencias humanas estaban en peligro, porque todos los demás campos del saber intentaban por todos los medios, aniquilar sus alcances o desvirtuar sus métodos, su sentido o su importancia. La positivización de las ciencias generó la deshumanización de todas las ciencias y se asumieron unos comportamientos en nuestras sociedades que hace cada vez más necesario y urgente encontrar los ideales, valores, principios y determinaciones de la renovación humana. Es necesario repensar las humanidades, no sólo como proyectos nuevos, heredados de la tradición clásica e incluso moderna, sino como propuestas actualizantes que permitan la realización plena de lo

humano en la vida individual y colectiva, la realización en consonancia con el medio ambiente y los distintos medios de interacción que nos conecten más con la vida y con la comprensión de nosotros mismos, en cuanto seres planetarios, con una misión en el mundo.

REFERENCIAS

- BLECUA, José Manuel. *La enseñanza de las humanidades*. Madrid: Santillana, 1999.
- BULLOCK, Alan. *La tradición humanista en Occidente*. Madrid: Alianza, 1989.
- BURKE, Peter. *El Renacimiento*. Barcelona: Crítica, 1999.
- CULLER, Jonathan. *El futuro de las humanidades*. En: SULLÀ, E. *El canon literario*. Madrid: Arco-Libros, 2000.
- DUVENGER, Maurice. *Métodos de las ciencias sociales*. Barcelona: Ariel, 1974.
- GOODE, William y HATT, Paul. *Métodos de investigación social*. México: Trillas, 2002.
- GRASSI, Ernesto. *La filosofía del Humanismo. Preeminencia de la palabra*. Barcelona: Anthropos, 1999.
- IBÁÑEZ-MARTÍN, José A. *Hacia una formación humanística*. Objetivos de la educación en la sociedad científico-técnica. Barcelona: Herder, 1995.
- JAEGER, Werner. *Paideia*. Traductor Joaquín Xirau. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- O'DONNELL, James. *Avatares de la palabra*. Barcelona: Paidós, 2002.
- YNDURÁIN, Domingo. *Humanismo y Renacimiento en España*. Madrid: Cátedra, 1994.
- ZAMORA MUNNÉ, Juan Clemente. *Historiografía lingüística*. Edad Media y Renacimiento. Salamanca: Colegio de España, 1993.